

3. Hallazgo del cadáver

Veamos diversos relatos de cómo fue encontrado el cuerpo muerto de Juan Pablo I. Los relatos proceden de testigos presenciales del mismo: sor Vincenza Taffarel, la religiosa que descubrió el cadáver; Diego Lorenzi y John Magee, secretarios del Papa; el doctor Buzzonetti, del Servicio Médico vaticano. Se añade también lo que presencié Lina Petri, sobrina del Papa, primer familiar en llegar.

* A partir de una entrevista concedida por sor Vincenza, Yallop refiere así el descubrimiento del cadáver, realizado a las cinco menos cuarto de la mañana:

"Cuando, por fin, la hermana abrió la puerta, vió a Albino Luciani sentado en la cama. Llevaba puestas las gafas y sus manos sujetaban unas hojas de papel. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y entre sus labios separados asomaban sus dientes.

Sin embargo, no se trataba de la cara sonriente que tanta impresión causaba entre las muchedumbres. No era una sonrisa lo que mostraba el rostro de Luciani, sino una expresión de indudable agonía. La hermana Vincenza le tomó el pulso".

A esa hora sonó el despertador, no antes. Sor Vincenza avisó a los secretarios y a las otras hermanas. Magee telefoneó a Villot, que residía dos plantas más abajo y que, alrededor de las cinco, estaba en el dormitorio papal e iniciaba una serie de acciones e instrucciones inexplicables.

"Junto a la cama del Papa, en la mesilla de noche, estaba el frasco con el medicamento que Luciani tomaba contra la tensión baja. Villot se lo embolsó en la sotana y arrancó de las manos yertas de Luciani los apuntes sobre los desplazamientos y las designaciones que el Papa le había comunicado la víspera. También los papeles se los guardó Villot. (...) Luego Villot creó para los aturdidos integrantes del servicio papal, una relación totalmente ficticia sobre las circunstancias en las cuales se había descubierto el cadáver de Luciani. Villot impuso un voto de silencio en cuanto al hallazgo de la hermana Vincenza e instruyó a todos para que las noticias sobre la muerte de Luciani fueran silenciadas hasta que él ordenara lo contrario" (51).

* Una fuente autorizada, que prefiere permanecer en el anonimato, me ha dado la siguiente versión:

"Hablé en dos ocasiones con sor Vincenza. La primera, con la provincial delante. La segunda, a solas. En esta ocasión, sor Vincenza se echó a llorar desconsoladamente. Yo no sabía qué hacer. Sor Vincenza me dijo que la Secretaría de Estado le había intimidado a no decir nada, pero que el mundo debía conocer la verdad. Ella se consideraba liberada de tal imposición en el momento de su muerte (ya acaecida, en 1983). Entonces podría darse a conocer. Según sor Vincenza, el Papa estaba sentado en la cama, con las gafas puestas y unas hojas de papel en las manos. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y una pierna estirada sobre la cama. Iniciaba una leve sonrisa. La frente la tenía tibia. Cuando Diego Lorenzi, sor Vincenza y otra religiosa fueron a lavar el cadáver, al volverle, tenía la espalda también tibia. El Papa pudo morir entre la una y las dos de la mañana" (52).

* Según Lorenzi, el cuerpo del Papa estaba en la posición típica de lectura, con las gafas ligeramente caídas sobre su nariz "Tenía dos o tres almohadones a la espalda. La luz de la cama estaba encendida. No parecía que estuviera muerto. Y las hojas de papel estaban completamente derechas. No habían resbalado de sus manos ni habían caído en el suelo. Yo mismo cogí las hojas de su mano" (53).

Lorenzi piensa que Luciani estaba preparando un pequeño discurso para la gente que suele ir a la plaza de San Pedro los domingos.

El corresponsal de "Ya" diría entonces: "Al parecer, los cuatro folios que tenía en la mano (no la 'Imitación de Cristo', como se dijo) eran unos apuntes de su puño y letra que resumían una conversación suya con el cardenal Villot y con el cardenal Colombo la noche anterior (con éste último por teléfono) y el tema era algunos nombramientos de curia y del episcopado italiano" (54).

Lorenzi dejó las hojas en la mesa de al lado y no sabe qué pasó con ellas después. Dice también:

"Cuando yo le encontré, partes de su cuerpo estaban aún templadas, su espalda y sus pies" (55).

Lorenzi telefoneó a Pía, sobrina del Papa. Después al Dr. Da Ros, su médico personal de Venecia; él mismo cogió el teléfono: No pudo creer lo que le estaba diciendo. El había visto al Papa el domingo anterior y le había encontrado con muy buena salud. Yo pienso que el doctor no pudo aceptar la verdad. Se encontró como destrozado por esta repentina muerte. El no lo pudo aceptar, por supuesto".

Dice también Lorenzi: "El doctor, Magee y yo sacamos el cuerpo. No tuvimos que lavarle, y no estaba incontinente. No hubo problema con el rigor mortis, excepto con sus manos. El había muerto con el pantalón del pijama y vestía aún su camisa. Yo recuerdo que palpé su espalda aún caliente y también sus pies. Le vestimos con su sotana blanca. Buzzonetti ató una pieza de seda en torno a su cabeza para colocar su mandíbula. Villot y el doctor estuvieron de pie juntos y redactaron el primer comunicado" (56).

* John Magee, avisado por sor Vincenza, bajó inmediatamente a la habitación del Papa. Desde fuera todo parecía normal. Franqueó la doble puerta y corrió la cortina. La luz que estaba encendida era la de leer. A cada lado de la cama del Papa había un timbre.

Dice Magee: "Vi al Papa acostado y con las gafas puestas. Nada hacía pensar que había muerto. Estaba en la cama con la cabeza recostada sobre su hombro derecho y todavía tenía en las manos los folios de una homilía. Tenía por costumbre antes de dormir leer de nuevo las homilías que había escrito cuando vivía en Vittorio Véneto. Al verle en

esta postura pensé que había estado leyendo y se había quedado dormido, pues tenía una sonrisa normal. Le llamé, otra vez. Como no me respondió me aproximé y le cogí la mano para despertarle. No se movía, estaba tieso y frío" (57).

* El doctor Buzzonetti vive cerca del Vaticano. Avisado por Magee a las 5'42, se levantó rápidamente y hacia las seis entraba en el dormitorio pontificio:

"El Santo Padre estaba en su cama. Estaba incorporado, inclinándose ligeramente hacia adelante; su expresión era compuesta y tranquila. Tenía sus gafas sobre su nariz - esto es, no habían resbalado -. Su cabeza estaba ligeramente vuelta hacia la derecha. En sus manos sostenía unas hojas impresas o escritas a máquina, como un panfleto o folleto. La lámpara de la cabecera estaba encendida. No sé si había dos o tres almohadones. Con las mantas en la correcta posición. No había gesto de agitación o desorden.

Después de las siete Monseñor Noé, el maestro de ceremonias, asistido por mí (y ayudado por religiosos de la Orden de San Juan de Dios, de la Farmacia Vaticana, y los secretarios) preparó y vistió el cuerpo con las ropas papales.

Obviamente esto no se hizo en pocos minutos. Después de esto, me marché. Mi misión había terminado".

Cuando Cornwell le pregunta si el cuerpo del Papa tenía el rigor mortis y si partes de su cuerpo estaban aún calientes, cuando fue encontrado, Buzzonetti responde bruscamente:

"No puedo decírselo porque estoy limitado por el secreto profesional".

Cornwell alega que hay discusión sobre el momento de la muerte. Buzzonetti insiste: "Repito, esto es secreto profesional y además se aplica a este tema de discusión. De todos modos, la determinación del momento de la muerte del Papa no fue hecha por mí solo. Entonces yo era el número dos del Servicio Sanitario. Allí estaba el profesor Fontana. El ahora está muerto, pero fue un gran estudiante de patología y una figura como patólogo y como doctor. Tenía más experiencia que yo, mucha más en este tipo de trabajo".

Buzzonetti añade que los doctores del Instituto Legal llegaron más tarde, "muchas horas después de la muerte", vieron el cuerpo y "ellos nunca lo discutieron". Pregunta Cornwell si puede confirmar que los hermanos Signoracci no estaban en situación de hacer declaraciones sobre el momento de la muerte. Responde Buzzonetti:

"Lo cierto es que los hermanos Signoracci no verían el cuerpo hasta después de las siete de la tarde (58).

* Lina Petri, sobrina del Papa, doctora en medicina y residente en Roma, recibió por su hermano la noticia de la muerte hacia las 7'20. Y se fue directamente al Vaticano. Magee la condujo a la habitación del Papa:

"Yo estaba Allí sola. De la habitación había desaparecido todo, si exceptuamos un crucifijo y una fotografía de mis abuelos. La ropa de la cama había sido quitada. Yo estaba Allí mirando su rostro. Su cabeza estaba vuelta hacia la puerta y parecía como si hubiera estado sonriendo hasta el momento de la muerte. Su rostro no presentaba signo de sufrimiento. Sus manos estaban juntas, pero estaban deformadas y en una rígida posición. Estaban...bien, como arracimadas. Alguien llegó diez minutos después y me ofreció una silla. Estuve Allí unos veinte minutos, mirándole. Entonces me pareció que Allí había algo muy extraño. Estaba vestido con la ropa usual de Papa, la sotana blanca, y las mangas estaban rasgadas. Yo me pregunté por qué estarían así rasgadas. Entonces llegaron y me pidieron les dejara preparar el cuerpo para llevarlo a la sala Clementina, donde iba a ser expuesto".

Lina Petri fue a la cocina a ver a sor Vincenza, a quien conoció ya en Venecia:

"Ella dijo que simplemente no lo podía creer porque él había estado tan bien, mucho mejor en Roma que en Venecia".

Sor Vincenza estaba disgustada. Dijo que el Papa "se sentía realmente bien la noche anterior". Luego sucedió otra cosa extraña:

"Sor Vincenza lloraba y desahogaba su corazón con todas estas cosas. Yo la escuchaba pacientemente - nosotros no somos ese tipo de gente que llora en público y hace escenas, mi familia - pero yo lloraba interiormente y estaba sufriendo. Entonces llega Don Diego. No sé si debería decirle esto, no es en su favor, pero hizo un poco de escena. Dijo: 'Escuche, sor Vincenza, lo que ha pasado ha pasado! Aquí no hay necesidad de pensar en todos los detalles'" (59).

El Dr. Navarro-Valls, director de la Sala de Prensa del Vaticano, que se presenta como médico, manifiesta a Cornwell no estar de acuerdo con el diagnóstico que en su día hizo el médico del servicio sanitario del Vaticano:

"Se sugirió el infarto de miocardio como causa de la muerte, pero esto no nos parece un diagnóstico particularmente probable. Mire usted, la muerte fue instantánea y sin dolor. Tal forma de muerte no encaja realmente con la teoría del infarto de miocardio".

Según Navarro-Valls, "es más probable que sufriera una embolia pulmonar", teniendo en cuenta sus problemas de circulación (60).

Sin embargo, el Dr. Francis Roe, que ha sido jefe de cirugía vascular en el Hospital London de Connecticut, afirma que hay algo verdaderamente sospechoso en la forma en que fue hallado el cadáver de Juan Pablo I:

"Los cuerpos muertos no están sentados sonriendo y leyendo. Conozco gente que muere durante el sueño, pero no conozco de nadie ni he visto morir a nadie en medio de una actividad como la lectura" (61).

El Dr. R. Cabrera, forense del Instituto Nacional de Toxicología, dice lo siguiente: "La forma en que se encuentra el cadáver no responde de suyo al cuadro propio del infarto de miocardio: no ha habido lucha con la muerte. No existe otra sintomatología que lo delate. Es notoria la ausencia de varios factores de riesgo, como son hipertensión, tabaquismo, obesidad, gran arteriosclerosis, comidas copiosas... Sin descartar otras causas de muerte súbita, sin la realización de la autopsia no se puede tener la certeza sobre la causa de la muerte. Pudo ser natural, pero también pudo ser provocada. El cuadro encontrado podría responder mejor a una muerte provocada por sustancia depresora y acaecida en profundo sueño, siguiendo un proceso que ha podido durar toda la noche: primero el sueño, luego el coma y, finalmente, la

hallazgo

muerte".

Así pudo suceder. La luz pudo estar encendida toda la noche y el cadáver del Papa estar todavía tibio cuando fue encontrado (su frente, su espalda y sus pies). Además, según Magee, el 28 de septiembre de 1978 "fue un día frío", "había un fuerte viento, muy frío, el primer viento frío del otoño" (62). Dice también el Dr. Cabrera: "La embolia pulmonar es aún menos probable que el infarto, teniendo en cuenta los antecedentes y el cuadro encontrado: por ejemplo, no tenía espuma sanguinolenta en la boca". La Dra. Mariscal de Gante, forense del mismo Instituto, dice a su vez: "Del examen externo del cadáver puede deducirse que no se trata de una muerte violenta, sino aparentemente todo lo contrario, de una muerte placentera en la que no ha habido lucha ni dolor. El fallecimiento por infarto va precedido de una sintomatología que sería resumidamente: opresión o dolor subesternal intenso y dificultad respiratoria; otras veces también se observa: debilidad, sudoración, náuseas y vómitos; así pues, la forma en que se halla el cadáver de Juan Pablo I no responde al cuadro propio o general del infarto de miocardio".

Dice también la doctora: "Cuando es una muerte violenta, las lesiones orientan más. En este caso, pues, y descartando desde un principio la ausencia de violencia, la única manera de determinar acertadamente y correctamente la causa de la muerte habría sido la realización de la autopsia".

Por su parte, el Dr. Villalaín, profesor de Medicina Legal de la Universidad Complutense, afirma lo siguiente sobre la causa de la muerte: "Un infarto de miocardio, salvo que sea masivo, no justifica una muerte súbita como en este caso. La ausencia de cianosis, distal o facial, también habla en este sentido. La causa parece ser debida a un desfallecimiento súbito cardíaco, probablemente secundario a una hipotensión aguda, natural o secundaria a la toma de vasodilatadores, si esto es cierto". Y también: "La mano está tibia y fría en períodos muy cercanos a la muerte, ya que es por las extremidades por donde comienza el proceso de enfriamiento. Así pues, el comunicado oficial soslaya detalles importantes sobre el hallazgo del cadáver: dice que el Papa estaba muerto en la cama, pero poco dice del cuadro que manifiesta que no ha habido lucha con la muerte; dice que estaba con la luz encendida, pero no da aquellos detalles que indican que ha muerto en la madrugada; dice que se le encontró como si aún leyera, pero no dice nada de lo que estaba leyendo.

Se dijo que el Papa murió leyendo *La Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis. El Padre Farussi, entonces director de *Radiogiornale* en Radio Vaticana, difundió la noticia, que circulaba en los medios de comunicación la mañana del 29 de septiembre. Dice Farussi: "Yo lo confronté personalmente con Don Diego Lorenzi. El me dijo que era verdad". Sin embargo, el 2 de octubre desmintió la noticia "por sugerencia de la Secretaría de Estado" (63). A este respecto, dice Germano Pattaro, ilustre sacerdote veneciano, llamado por Luciani a Roma como consejero:

"Los apuntes que Luciani, muerto, tenía en la mano, eran unas notas sobre la conversación de dos horas que el Papa había tenido con el Secretario de Estado Villot la tarde anterior (por tanto, no *La Imitación de Cristo* ni la serie de otras cosas, apuntes, homilías, discursos, etc., indicados por Radio Vaticano: demasiadas cosas y heterogéneas para poder ser tenidas entre dos dedos" (64).

Se comprende que unos apuntes que resumían lo que el Papa había conversado la víspera con Villot hayan ido a parar, por lo menos, a los archivos secretos, que entonces custodiaba el cardenal Samoré. Destino semejante pueden haber tenido los cuadernos y escritos personales de Luciani, que podrían ser reveladores y que fueron retenidos en el Vaticano.

Los diversos relatos varían en torno a la sonrisa del cadáver, que podría deberse a una muerte dulce. Cuando el cadáver fue expuesto en la sala Clementina, el enviado especial de "El País" lo vió así: "Al principio, se adivina en el fallecido una mueca de dolor parada en seco por la muerte. El Papa tiene la boca entreabierta. Luego, ya al lado de la puerta de salida de la capilla, la iluminación de su cara cambia y, con una perspectiva diferente, el resultado es absolutamente opuesto: 'ha muerto con su sonrisa!', exclama espontáneamente una gruesa matrona romana" (65).

Como detalle, no es de despreciar el tono rosáceo que aún tenía el rostro a mediodía del 29, para ir desapareciendo después (66). Según los forenses, el tono rosáceo aparece en algunas intoxicaciones; por ejemplo, de monóxido de carbono y de cianuro.

[Algunos personajes](#)